

## Reseña crítica

Merrifield, Andy. 2002. *Metromarxism: A Marxist Tale of the City*. New York: Routledge. 212 p.  
Por: Jhon Williams Montoya G.

### Contexto

El autor, Andy Merrifield, es doctor en geografía de Oxford University (1993), profesor de Clark University y miembro del comité editorial de *Antipode*. También participa en otras revistas de izquierda como *Environment and Planning D: Society and Space* y *New Left Review*. Su campo de trabajo incluye geografía urbana, economía política y teoría social crítica.

*Metromarxismo*, la obra en cuestión, es un libro que busca presentar dos tipos de estudiosos marxistas de la ciudad: aquéllos que piensan la ciudad desde un punto de vista marxista y los que piensan el marxismo como urbanistas. Ambos se encuentran, según Merrifield, representados en el texto.

El libro resume las biografías intelectuales de Marx, Engels, Benjamin, Lefebvre, Debord, Castells, Harvey y Berman, cubriendo el discurso urbano marxista por más de un siglo. Un conjunto de intelectuales con perspectivas bastante disímiles sobre la ciudad pero que, según Merrifield, plantean una posición prourbana, contrariamente a la tradición marxista que veía la ciudad como necrópolis o, al menos, en el plano de la praxis, como incapaz de generar movimientos insurreccionales y que más bien tendía a aburguesar a los revolucionarios.

La obra aparece en un momento en que la economía política goza de un amplio reconocimiento y sus principios son progresivamente incorporados en el análisis urbano. Efectivamente, Harvey<sup>1</sup> describe muy bien cómo *El Capital* ha pasado de ser un tabú en la Academia, a una obra necesaria en la interpretación del capitalismo contemporáneo. En ese sentido, *Metromarxismo* se añade a varios textos como *Los límites del capital* y *Espacios de esperanza* de David Harvey, *Dialectical urbanism* de A. Merrifield, la obra de Edward Soja (*Postmetropolis, Thirdspace*), Michael Dear (*Postmodern urbanism*), Milton Santos (*La naturaleza del espacio: Técnica y tiempo; razón y emoción*) y los textos reeditados de H. Lefebvre (*La production de l'espace*).

### Exposición y crítica

El primer marxista urbano tratado por Merrifield es Karl Marx. Luego de una corta biografía que enfatiza la influencia de Hegel sobre su pensamiento, el autor comienza el análisis de la primera obra de Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos* (1844). En este libro Merrifield recalca la percepción de Marx acerca de “cómo el valor del mundo humano disminuye proporcionalmente a como aumenta el valor del mundo de las cosas” (p. 16), una devaluación que no es solo existencial sino también material. En esa misma obra se plantea la primera tesis de Marx, el concepto de alienación, derivado del rompimiento de las relaciones sociales a través del trabajo. La segunda tesis refiere al carácter de la verdad, que define como una cuestión práctica donde lo correcto o equivocado no se encuentra en los esquemas “abstractos y prefigurativos” sino en la praxis, la cual altera las ideas y las circunstancias.

Su siguiente obra es *La ideología alemana* (1846), escrita en conjunto con Engels. Allí se propone el materialismo histórico y se menciona un concepto de gran importancia en el análisis de la urbanización: la división del trabajo; un proceso que llega a su mejor expresión en el mundo industrial, pero que ya había comenzado con la separación de lo rural y lo urbano, pues allí se había segregado el trabajo físico del mental (teniendo en cuenta que el espacio urbano era esencialmente para la política y la administración).<sup>2</sup>

Dos años después aparecería *El manifiesto comunista* (1848), coyuntural a un movimiento generalizado de descontento, correspondiente a su vez a un deterioro significativo de las condiciones de vida.<sup>3</sup> En *El Manifiesto* Marx indica que la burguesía no puede permanecer sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, y de esa manera “todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo que es sagrado es profanado” (p. 22).<sup>4</sup> Este proceso de transformación de las condiciones de vida del hombre se da en la ciudad, cuyo nacimiento es para Marx el resultado natural del desarrollo

de las fuerzas productivas, y es, además, absolutamente necesario para que esas fuerzas se sostengan.

El anterior apartado manifiesta una clara posición antiurbana de Marx, quien afirmaba que la ciudad destruía la salud física del obrero y la vida intelectual del habitante rural. Empero, también reconocía que tenía un alto potencial revolucionario pues el agrupar los individuos en la ciudad facilitaba su organización.<sup>5</sup> Esa paradoja hace parte del carácter dialéctico de la ciudad, la cual está históricamente en un proceso de tránsito de un estado al otro. Merrifield plantea que Marx ve en las dinámicas capitalistas procesos en los que cada elemento constituye su contrario, una dialéctica permanente entre lo teórico y lo experiencial, que facilita la “transparencia” (p. 27), esto es, por ejemplo, la posibilidad de relacionar lo sensual de las mercancías con las relaciones sociales que las producen. En ese sentido se plantea la fetichización como un mecanismo para ver las cosas solo como objetos, es decir, resultados a los que se desnuda de los procesos que los engendraron.<sup>6</sup>

En el final del capítulo, Merrifield afirma que, aunque hubo unos tímidos intentos, Marx no integró la urbanización en su análisis de la ciudad, ello a pesar de la evidente importancia que estaba adquiriendo en el capitalismo.

El segundo autor es Frederick Engels a quien Merrifield coloca por debajo de la estatura intelectual de Marx, si bien reconoce que sin su concurso la obra de Marx no habría aparecido. De otro lado, sin embargo, Engels estuvo más comprometido con el análisis de las problemáticas urbanas, especialmente a través de la observación de los barrios obreros de Manchester, espacios de fuertes contrastes en la ciudad prototipo de la época victoriana.

Engels veía la ciudad como un sitio de centralización y concentración no solo de la población, sino también de la propiedad. Así mismo, Engels describe detalladamente la estructura de la ciudad oponiendo los *slums* obreros a los lugares de habitación de los propietarios en pequeños pueblos, alejados de la ciudad y con espaciosos jardines. El carácter dialéctico de la ciudad es una cualidad que la obra de Engels resalta y que se visualiza especialmente en la competencia a la que es-

tán sometidos proletariado y capitalistas. Merrifield anota cómo los salarios industriales, por ejemplo, motivan una competencia entre proletariado urbano y campesinos, perdiendo estos últimos sus formas de vida y viéndose obligados a desplazarse a la ciudad. Allí el crecimiento de la oferta de mano de obra baja los salarios y todos comienzan a perder parte de sus ingresos. La misma mecánica se aplica a los capitalistas que, después de una oleada de crecimiento, deben ver como muchas de sus empresas se arruinan, mientras el poder económico tiende a concentrarse en algunos pocos sobrevivientes que vuelven a comenzar un nuevo ciclo.<sup>7</sup>

En esas circunstancias el trabajador se vuelve una mercancía, pues su elección no es libre; su condición se asemeja bastante a la del esclavo en tanto es utilizado y desechado luego cuando las condiciones económicas se deprimen (p. 39). En ese sentido el concepto de ejército laboral de reserva esgrimido por Engels adquiere una notoria relevancia, y fue en su momento utilizado para rebatir las ideas de sobrepoblación de Malthus.

De otro lado, Engels se reconoce como uno de los primeros en abordar la cuestión de la vivienda (1872); en su obra retrata cómo los trabajadores fueron obligados a dejar el centro para dar paso a las tiendas, apartamentos de lujo y edificios del gobierno. Igualmente critica la progresiva mercantilización de la vivienda y mantuvo un duro enfrentamiento con las ideas de Proudhon sobre la solución al problema de la vivienda urbana. Merrifield indica que el urbanismo marxista nace con el reclamo de Engels acerca de que la única manera de resolver el problema de la vivienda era a través de la expropiación a los propietarios y la reasignación de los inmuebles.

Merrifield estima que Engels deja incompleto el análisis de los problemas urbanos, desplazados por el interés en la revolución. De otro lado, es interesante encontrar que Marx y Engels pensaban que la mecanización, libre del control capitalista, podía ser una fuente de liberación importante del trabajador, y Engels, principalmente, veía en la ciudad una fuente de esperanza y de transformación que requería la concientización de los obreros acerca de su “mutua vulnerabilidad”, condición que los llevaría a la organización y la acción.

En el siguiente capítulo Merrifield presenta la vida y obra de Walter Benjamin, el primer marxista urbano, según su apreciación. Nacido en Berlín, Benjamin hubo de viajar por el sur de Europa (Italia), donde recibió una fuerte influencia de Marc Bloch y Geogr Lukács. De Lukács, Benjamin apropió el concepto de reificación que explica como las relaciones humanas aparentan una "objetividad fantasmal", una cosificación de las relaciones humanas que son, para Benjamin el problema estructural de la sociedad capitalista en todos sus aspectos (p. 56). Este proceso, y la conversión en fetiche de las mercancías, son reconocidos por Lukács como esenciales para la subyugación de la conciencia de los hombres, ya que permite la naturalización de las condiciones sociales y la normalización de las desigualdades a través de la vida cotidiana.

Sin embargo, el autor más influyente sobre Benjamin fue George Simmel con su obra *Metropolis and mental life* en la cual, indagando sobre la base psicológica del dinero, lo identifica como fuente de alienación, siendo además en la ciudad donde ejerce son mayor facilidad tal función, al atomizar a los individuos y generar un medio de vida marcado por el individualismo. De otro lado, Simmel asocia estrechamente modernidad y metropolitano, pues veía en la ciudad la oportunidad de que el ser humano alargase las estructuras de referencia, se liberara de los prejuicios arraigados en el campo, y perdiera esas identidades fijas en favor de una identidad más cosmopolita.

El trabajo de Benjamin fue principalmente literario, y Merrifield lo evoca como a un individuo con una fuerte disposición al criticismo, la cual se evidencia en su análisis de la obra de Goethe. Merrifield califica a Benjamin como un surrealista que, a través del pensamiento, trasciende la realidad; aunque también lo reconoce como un caminante (*flâneur*) que detalla, como Baudelaire, hasta los elementos más pequeños de la ciudad.

Según Merrifield, Benjamin tenía la calle por el lugar donde habita lo colectivo. Así, su urbanismo se sostiene a partir de la intensa vida social de la calle y una reivindicación del espacio público como lugar de lo colectivo que "internaliza la idea total del mundo". Adorno, empero, criticaría el trabajo de Benjamin por

su carencia de interpretación teórica, y señalaría que se situaba "en el punto de encuentro de lo mágico y el positivismo" (p. 67).

En este capítulo es difícil identificar elementos claros del aporte de Benjamin al análisis urbano, debido a que Merrifield dedica la mayor parte del texto más a destacar las cualidades intelectuales y pasiones (amorosas e intelectuales) del protagonista, que a mostrar su contribución para el estudio de la ciudad. En la página 65, Merrifield indica, por ejemplo, que "Benjamin amó a Baudelaire con toda la pasión de su alma; el amó al poeta lírico más que lo que amó a Marx" (¿??).

En el capítulo 4, Merrifield trata la obra de Henri Lefebvre. Definido como un marxista que quería hacer al marxismo menos dogmático y más espacial, Lefebvre es una de las figuras de mayor vigencia en los estudios urbanos contemporáneos, principalmente después de que la traducción al inglés de su libro *La producción del espacio* en 1991, le permitió entrar en la vanguardia de la sociología y la geografía urbana anglosajona. Ello a pesar de que durante los años 70 su obra quedó en un relativo ostracismo ante los cuestionamientos de Castells, pero principalmente por su posición ambigua en las revueltas de 1968, que le valió la enemistad de una gran parte de los intelectuales marxistas.

Lefebvre participó activamente en la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y recibió una fuerte influencia de la dialéctica hegeliana. Lefebvre veía el mundo en una secuencia de tesis, antítesis, y síntesis y consideraba que sin la contradicción cualquier cosa es nada, carece de sentido. Así mismo, abogaba por una naturalismo humanista, una práctica social, un análisis de los problemas sociales que eran invariablemente económicos pero que exigían siempre soluciones políticas (p. 77).

De otro lado, Lefebvre fue un férreo opositor del marxismo estalinista al cual veía como sistematizado, "simple y fácilmente pensado", dando a sus adherentes seguridad pero que falsificaba la riqueza y complejidad de los primeros marxistas (p. 79).

Lefebvre manifestó siempre un especial interés por la vida cotidiana y consideraba que era allí donde se encontraría respuesta al funcionamiento del capitalis-

mo pues este ya no alienaba solamente en el lugar de trabajo, fuera del cual Marx consideraba que el obrero volvía a ser hombre, sino que la alienación comienza a ocupar los espacios de la reproducción (el hogar), floreciendo a través del consumismo, seduciendo a través de la publicidad e interviniendo con su influencia en las instituciones de planificación y la burocracia del Estado. Lefebvre pensaba que en la vida cotidiana se sostiene el capitalismo global, pero que allí están también las semillas de la resistencia, oponiendo así a la lucha de clases reivindicada por el marxismo clásico, la lucha por la libertad en el diario vivir.

Como la mayor parte de los autores marxistas, Lefebvre lamenta también el paraíso perdido de lo rural. También reivindica un valor grande para la calle y los festivales, que considera la expresión de la libertad y una estrategia de apropiación que es, en últimas el derecho fundamental que evoca en *El derecho a la ciudad*, la ciudad como espacio de encuentro. *El derecho a la ciudad* se inspira en el evento de la comuna de París de 1871, y Lefebvre lo expresa como la conquista cultural y simbólica de los habitantes en reacción a las amenazas culturales arquitectónicas de la burguesía. Lefebvre es también un crítico de la suburbanización, de la cual piensa “socava las mejores calidades de una urbanización densa, centralizada y unificada”.

El texto de mayor influencia en la sociología urbana y la geografía fue *La producción de l'espace*. En él, de acuerdo con la lectura de Merrifield, Lefebvre colocaba al espacio como central en la estrategia de supervivencia del capitalismo, y consideraba la dinámica geográfica como un elemento fundamental en el modo capitalista de producción siendo la batalla por y sobre el espacio el segundo nivel después de la lucha de clases. Un espacio que es crecientemente colonizado y mercantilizado por el capitalismo y cuya producción, igual que las relaciones sociales, produce contradicciones específicas y refleja la contradicción mayor entre la propiedad privada de los medios de producción y el carácter social de las fuerzas productivas (p. 89).

Esta competencia se ha trasladado por supuesto a la ciudad. En ella Lefebvre denuncia cómo al espacio de la vida diaria, experimentado a través del lenguaje

vernacular, a través de los símbolos e imágenes de los habitantes y usuarios de la ciudad, se opone el espacio de la representación, un espacio planeado y concebido que refleja los viejos signos, las jergas y signos usados y transmitidos por los planeadores, arquitectos, geógrafos, ingenieros...<sup>8</sup>

El capítulo siguiente está referido a Guy Debord, miembro de los *situacionistas*, un grupo altamente politizado y revolucionario sostenido principalmente en poetas y artistas. Debord, al contrario de los otros intelectuales mencionados, no tuvo una carrera académica propiamente dicha. Su vida la pasó en los bajos fondos de París, influenciado por su vida nocturna y deambulando por cafetines y zonas de prostitución. Es definido por Merrifield como “un poeta surrealista de la ciudad” (p. 110).

La obra de Debord es descrita como una mirada más lúdica de la ciudad, en la cual, decía él, había triunfado el *logos* sobre el *eros*. Para Debord, el modernismo había creado verdaderas *alphavilles* y reclamaba el abandono de la ciudad racional por un espacio urbano más participativo, abierto al juego y a la imaginación. Así, Merrifield interpreta parte de su obra como una reacción a la fragmentación que la planificación urbana había impuesto sobre la ciudad.

La obra más celebrada de Debord es la *Sociedad del espectáculo* (1967), la cual influenció grandemente el movimiento del 68. En ella Debord denuncia como a la alienación en el sitio de trabajo, se añade ahora el avance del capitalismo a través del espectáculo a otros espacios la sociedad del espectáculo emerge como la superreificación del mundo, la separación total del hombre de su actividad, del producto de su trabajo, de sus amigos e incluso de sí mismo (p. 103). El espectáculo crea, entonces, el mundo de la simulación, denigrando y desdibujando la historia y la memoria.

Debord retoma el concepto de fetichismo de Marx y muestra cómo su objetivo principal es desconectar los productos y la materialidad de las relaciones sociales que los crean, y concluye que el capitalismo espectacular no solo prioriza las cosas sobre las relaciones humanas sino, peor aún, prioriza la imagen de las cosas sobre los objetos mismo.

En *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo* (1988) Debord ratificaría que la sociedad del espectáculo es ahora mucho más poderosa, entre otras razones porque a las dos formas del poder del espectáculo que había identificado, el concentrado y el difuso,<sup>9</sup> se añadía ahora un espectáculo integrado que permea toda la realidad, y nada en la naturaleza o en la cultura deja de ser transformado o contaminado por el espectáculo integrado; “la mercancía está ahora más allá de cualquier criticismo; los ‘especialistas’ y ‘expertos’ encubren los límites estrechos de su saber a través de repeticiones dogmáticas de argumentos procedimentales” (p. 109).

La discusión en *Metromarxismo* continúa con la obra de Manuel Castells quien, partiendo de una crítica a la metafísica de Lefebvre e inspirado por Althusser, marcó profundamente el urbanismo en la década de los setenta. Castells planteaba que el estudio de la ciudad debía sostenerse sobre algo más medible, y recurrió a los conceptos básicos, pero sobre todo maduros, de Marx. De hecho, los conceptos que sustentan su obra más influyente, *La cuestión urbana*, son los de ideología y reproducción. La reproducción, dice Castells, siguiendo a Althusser, es un elemento más de la producción, no solo por su papel en la reproducción de la mano de obra, sino también de las condiciones de producción y de consumo.

Castells, de otro lado, asocia la problemática urbana contemporánea a la industrialización y rechaza la idea de Wirth de que el urbanismo es una forma de vida. Para Castells, igual que para Marx y Engels, lo urbano es una expresión de las relaciones sociales, como parte de una estructura de clase, determinada en última instancia por las relaciones económicas. Una idea que, pienso, está profundamente anclada en el pensamiento urbano y que con cierta razón lleva a algunos a rechazar tal posición como determinismo económico.

Castells también otorga un papel protagónico al Estado, el cual, considera, es fundamental para resolver las frecuentes crisis de sobreproducción del capitalismo, especialmente a través del estímulo al consumo colectivo representado en la infraestructura, pero también a través de la renovación urbana, un proceso que tiene siempre funciones políticas, ideológicas y económicas.

Por último, Castells anota que de todas maneras estas acciones del Estado entrañan otras contradicciones que serán la fuente de nuevas luchas.

El otro punto de interés de Castells han sido los movimientos sociales. Castells indica que estos movimientos incorporan elementos que tradicionalmente habían estado ajenos a la organización sindical. Con *City, class and power*, Castells reformula casi completamente *La cuestión urbana*, haciendo una autocrítica acerca de que los investigadores aplican teorías establecidas sin modificarlas de acuerdo con la realidad observada. Castells viene entonces a reconocer en los movimientos sociales un actor de primer orden, que presiona al Estado para adelantar reformas: “los movimientos urbanos son los que más unifican los intereses de varias clases y estratos contra la lógica de la estructura dominante” (p. 128). Para Merrifield, Castells simplemente pasó a confiar en la pequeña burguesía.

En 1979 Castells se traslada a California y publica en 1983 *La ciudad y los movimientos sociales*, un extenso examen de los grupos organizados desde el siglo XVI y con un énfasis especial en los movimientos sociales de América Latina. Para Castells, y según Merrifield, estos grupos ya no correspondían a condiciones de clase sino a organizaciones en busca de una justicia redistributiva en torno a problemáticas como género, identidad y autoafirmación. Para Castells, “el poder laboral” ya no era un actor fundamental debido a la internacionalización de la producción.<sup>10</sup>

Merrifield considera que Castells pensaba que el marxismo era incapaz de dar respuestas y por ello se desplazó hacia Max Weber. Merrifield reconoce que “Castells tuvo una inventiva brillantemente marxista. Su trabajo fue provocativo y de descubrimiento... también opacó los humanistas como Lefebvre y formalizó el marxismo como una ciencia social de la ciudad, dándole rigor y respeto... Insertó además, la esfera de la reproducción y el consumo en la dialéctica metropolitana”.

No por ello Merrifield deja de señalar como conservadora la propuesta de Castells consignada en la trilogía publicada a finales de los noventa, y añade: “Castells se ha convertido en el más elocuente emisario del evangelio según el Valle del silicón” (p. 132).

A Castells le sigue, en el recuento de Merrifield, David Harvey. La narración de Merrifield comienza con la conocida historia de la publicación de *Explanation in geography*<sup>11</sup> y la búsqueda que hace Harvey de una geografía más unitaria y sistemática. Poco después de publicada la obra (1969), Harvey se desplaza a John Hopkins, lo cual lo puso en contacto con Baltimore, una ciudad que ofrecía un amplio campo de experiencias por sus fuertes contradicciones y una acción intensa del capital inmobiliario. Progresivamente Harvey se va politizando alrededor de algunos grupos de activistas y en 1973 publica un libro que sería referencia obligada para muchos urbanistas (*Social justice and the city*),<sup>12</sup> un texto en el que por primera vez se propone un materialismo histórico-geográfico de la ciudad y, en el decir de Merrifield, un urbanismo verdaderamente revolucionario.

Harvey incluye una noción de espacio relativo que se define en función de interacciones y con una insistencia marcada en la totalidad, en la definición del todo no por sus partes sino por las interacciones. Igualmente, en el concepto de justicia pasa, según Merrifield, de la posición de Rawls en que se entendía como una asunto inmutable de moralidad, a una posición marxista donde la justicia es algo contingente al proceso social (p. 39).

Harvey también ataca la ecología urbana y critica que ella no considere las relaciones de producción, restringiendo todo a una competencia por el espacio vivido. Igualmente indica que los modelos liberales de la ciudad son insuficientes, y aunque identifican las inequidades (como por ejemplo Alonso), ensayan resolverlas acudiendo a los mecanismos sociales ya existentes, por lo que su potencial revolucionario es nulo.

Merrifield apunta que Harvey, como Lefebvre, añade una nueva dimensión a la acumulación de capital no a través de la producción, sino a través del análisis de la inversión en la propiedad, pues es en la dinámica espacial de la tierra urbana y en los mercados de la propiedad donde se concentra la acumulación, condición esencial del capitalismo. Una acumulación siempre sometida a una crisis sistémica en razón a la sobreproducción y la sobreacumulación y que se resuelve, entre otras maneras, por la "destrucción creativa", esto es, la destrucción de los viejos valores de uso en ciertas áreas de la

ciudad, mediante el deterioro físico para luego arrasar y volver a dar nuevas formas de valor de uso y acelerar el intercambio.

En *The limits to capital* (1982)<sup>13</sup> Harvey incluiría tres elementos centrales en la explicación de la organización social y espacial urbana, el papel de capital financiero, el desarrollo geográfico desigual y la especulación sobre la tierra.

En 1990 se publica *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*,<sup>14</sup> un libro que extendería el reconocimiento intelectual de Harvey por fuera de la geografía y la sociología urbana. En esta obra Harvey hace una crítica al modernismo, pero esencialmente a los planificadores, y enfatiza que son disciplinados por los dictados del mercado y el lucro, abandonando los principios del urbanismo. Merrifield indica que para Harvey el posmodernismo ofrece una emancipación estética, una emancipación de la forma, mas no del contenido, por lo que concluye que no es una emancipación real. De todas maneras Harvey acuerda, con los posmodernos, que asistimos a una nueva experiencia del tiempo y el espacio.

Merrifield termina la presentación de Harvey señalando que por más de treinta años ha mantenido una lealtad inquebrantable al marxismo, la cual, empero, no es una convicción inmutable sino que, por el contrario, su discurso se adapta permanentemente a las nuevas circunstancias.

El último capítulo de *Metromarxism* recuenta la vida intelectual de Marshall Berman, al que Merrifield califica como marxista de la afirmación, pero también de la negación y de la crítica.

Berman es un modernista convencido que equipara París del siglo XIX con Nueva York contemporáneo y, según Merrifield, se corresponde con Marx en la admiración que sienten por la burguesía en su capacidad de crear las fuerzas productivas más grandes de la historia. Berman recrea el drama de la modernidad en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, donde afirma que la modernidad puede generar fuentes y espacios de significado, de libertad, de dignidad, de belleza y de solidaridad.

Para Merrifield, Berman intenta mirar la ciudad desde las ruinas buscando en la literatura los relatos de la des-

trucción de las grandes ciudades, para trasladar esas lecturas a Nueva York de la cual recrea los “eventos más representativos de destrucción a nombre del modernismo y el progreso” (p. 162). Berman caracteriza el modernismo como un desplazamiento perpetuo e inestable hacia nuevas fronteras, y si bien es tildado de pregonar una cultura narcisista, él reclama que lo moderno se mantiene en nuestras calles y en nuestras almas. Una actitud que Merrifield compara con la de Baudelaire como “una perspectiva de la gente, una odisea humanística poblando la heroica cotidianidad de diferentes personas de la calle” (p. 168). Merrifield concluye que para Berman el marxismo es indispensable en la lucha por una cultura crítica y un espacio público democrático.

### Apreciaciones generales

El libro tiene la virtud de ofrecer una línea continua de producción marxista que generalmente es poco clara para los legos en el asunto. Así, el lector puede reconocer una acumulación teórica importante del marxismo urbano, si bien alguna homogeneidad teórica del mismo sea una cuestión difícilmente clarificada en el texto.

De otro lado, el libro es bastante general y requeriría, para su mejor comprensión, el conocimiento de las obras de los autores allí tratados. Una situación que considero puede ser parte de la explicación de por qué ciertas lecturas como la de Benjamin, Debord y Berman transmiten una sensación de incoherencia frente a los otros autores. Igualmente, el texto es limitado en precisiones sobre economía política, elemento que implica una debilidad notoria; y es que A. Merrifield pareciera pretender en muchos pasajes construir una saga donde a los protagonistas se les atribuye un carácter mítico,<sup>15</sup> con el consiguiente sacrificio de la precisión sobre lo urbano y sobre el debate de la urbanización desde una perspectiva marxista.

### Notas

<sup>1</sup> David Harvey. 2000. *Spaces of hope*. Berkeley: University of California Press. Publicado en español como *Espacios de esperanza* (Akal, 2003).

<sup>2</sup> Tal vez la fuente de la permanente distinción entre lo urbano y lo rural, igual que las primeras alusiones al carácter negativo de la vida urbana.

<sup>3</sup> En este recuento de las ideas de Marx, Merrifield enfatiza la visión integral de Marx, indicando que mezcla “lo que es” con lo que “puede ser”, prognosis *vs.* diagnosis; realismo *vs.* surrealismo; reconociéndolo como uno de los mayores estilos literarios del siglo XIX, una mezcla de Balzac y Dickens (p. 21).

<sup>4</sup> Un elemento de bastante actualidad frente a la creciente mercantilización hasta de los elementos mínimos materiales e inmateriales de nuestra cotidianidad.

<sup>5</sup> Una idea que es retomada por Harvey en los *Límites del capital* para explicar la suburbanización como una estrategia de fragmentación, que buscaría revertir el efecto agrupador de la urbanización.

<sup>6</sup> Lefebvre hablaría después de la fetichización del espacio haciendo alusión a la cosificación de las relaciones espaciales y la idea de las mismas como neutras y, de cierta manera, apriorísticas.

<sup>7</sup> Este apartado mantiene una vigencia ineluctable. No solo retrata las problemáticas de muchas ciudades sino que conecta el destino de las ciudades al de las periferias rurales puesto que el deterioro de las condiciones de vida en las segundas, indudablemente llevará al desmejoramiento de la vida urbana. Escribe Merrifield: “las descripciones de Engels de la ciudad inglesa de mediados del siglo XIX suenan bastante familiares a las crónicas contemporáneas de la urbanización del ‘Tercer Mundo’ o a la de algún neoyorquino, el cual presenta un aspecto sucio, empujando carretillas llenas de cualquier objeto reciclable o vendible que recoge de los depósitos y canecas de basura” (p. 40)

<sup>8</sup> Un punto de renovado interés en el estudio urbano cuando se pretende entender la ciudad a través de los discursos urbanísticos, pero sobre todo el entender la forma urbana como un resultado de la oposición permanente entre los espacios representacionales (vivididos) y los de representación (los discursos urbanísticos).

<sup>9</sup> El poder del espectáculo concentrado funciona a través del culto a la personalidad, mientras el segundo es básicamente ideológico, que Merrifield ilustra como la “americanización del mundo” (p. 109).

<sup>10</sup> Que efectivamente libera al capitalista de la dependencia de la mano de obra. En ese sentido si las condiciones laborales no se ajustan a sus expectativas, se puede desplazar fácilmente a otro lado sin incurrir en costos excesivos frente a lo que le cuesta plegarse a las demandas de los trabajadores.

<sup>11</sup> Publicada como *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza, 1983.

<sup>12</sup> En español, *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1977.

<sup>13</sup> Traducido como *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

<sup>14</sup> Libro publicado en español en 1998 como *La condición de posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

<sup>15</sup> Con exageradas alabanzas sobre las cualidades personales e intelectuales de los autores; por ejemplo: "Benjamin fue un pensador innovador y experimental, un genio en detectar conexiones y continuidades entre patrones de pensamiento e ideas, brillante en sintetizar el trabajo de otros individuos..." (p. 59)